

CHILE-AMERICA

**UNIDAD Y RENOVACION
DE LA IZQUIERDA**

INSTITUTO PARA EL NUEVO CHILE
Rotterdam, Holanda

UNIDAD Y RENOVACION DE LA IZQUIERDA

Por JORGE ARRATE

Texto de la conferencia dictada en la Escuela de Verano de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, Santander, España Setiembre de 1980.

En el último tiempo se ha hecho cada vez más aceptada, ya sea como simple sentimiento, como impresión o como conclusión del análisis, la idea que el régimen pinochetista posee una aspiración estratégica muchísimo mayor de la que se le atribuía anteriormente entre los medios políticos opositores. De uno u otro modo el fenómeno se asienta en una base objetiva indesmentable: la constatación que los siete años de dictadura se han convertido, para quienes detentan el poder, en la introducción o simple prólogo de un largo período histórico en que un reducido sector de la población aspira a imponer un proyecto de sociedad, coherente con sus singulares y minoritarios intereses de clase, que rompe radicalmente con las tradiciones políticas y culturales que, por decenios, constituyeron y expresaron parte esencial del modo de ser chileno, el núcleo central de una determinada forma de procesar el conflicto social.

La apreciación anterior no constituyó una parte del diagnóstico general de la izquierda chilena en los años siguientes al golpe militar en gran medida porque dos factores críticos parecieron convertirse en posibles desencadenantes de un proceso más bien rápido de debilitamiento de la dictadura y de su eventual desgaste y reemplazo. Uno de ellos ha sido la complejísima situación internacional que ha debido enfrentar Pinochet, derivada de la fuerza y permanencia del movimiento de solidaridad internacional con Chile, del aislamiento del gobierno chileno en la Organización de Naciones Unidas y, en general, en la comunidad internacional, y del deteriorado nivel de relaciones entre el gobierno chileno y el de Estados Unidos. La condenación internacional de la dictadura ha tenido, sin embargo, un mercado énfasis político, diplomático y moral. No es este fenómeno responsabilidad del movimiento solidario sino, simplemente, una limitación objetiva.

En efecto, la condena política o ética no ha tenido correspondencia en el plano de las relaciones comerciales, económicas o financieras, de modo que la Junta Militar presidida por Pinochet ha recibido el apoyo generoso del gran capital internacional, disponiendo de un volumen de créditos como nunca antes disfrutó

ningún gobierno en Chile y conquistando nuevos mercados para exportaciones más diversificadas que han alcanzado cifras record. En el caso de los Estados Unidos las "sanciones económicas" o los intentos de tales han tenido prácticamente un carácter simbólico, en la medida que las reducciones de ayuda y créditos propiciadas al nivel de las fuentes de carácter público han sido mucho más que compensadas por los incrementos crediticios otorgados por instituciones privadas. La solidaridad internacional por la democracia, los derechos humanos y el socialismo, ha tenido su contrapartida en la "solidaridad" de las transnacionales y su lógica de expansión y ganancia.

Tras Pinochet hay un proyecto coherente

La razón principal del hecho anterior es la coherencia del modelo económico aplicado por la dictadura con la necesidad de readecuación del sistema capitalista a nivel mundial. Este mismo factor fue insuficientemente considerado en los análisis que tendieron a enfatizar los efectos perniciosos de la política económica dictatorial como otro de los elementos críticos para la perdurabilidad del régimen. El extremo "liberalismo" de ese modelo generó consecuencias de la mayor gravedad en la vida económica y social de Chile, que se mantienen hasta hoy y que no podrán superarse en el marco de la política actual. Sin embargo, ese extremo "liberalismo" no ha constituido una suerte de irracionalidad o de absurdo en el esquema dictatorial, sino precisamente uno de sus principales supuestos de funcionamiento.

Mientras en su proyección propiamente interna el "ultraliberalismo" de Pinochet ha generado, entre otros, los problemas del desempleo crónico a niveles altísimos, del desmantelamiento de parte importante del aparato industrial, del desgaste no subsanado de la infraestructura nacional, en sus efectos externos ha permitido insertar con más funcionalidad capitalista a la economía chilena en el cuadro de las actuales relaciones económicas internacionales.

Más allá de la perversidad intrínseca de la política económica en relación con las necesidades inmediatas y básicas de la mayoría de la población, y de su inviabilidad como perspectiva de desarrollo a largo plazo, dicha política no se caracterizó ni parece caracterizarse por llevar implícitos gémenes cataclísmicos que pudieran haber hecho previsible o hacer hoy día previsible un colapso súbito. Ella ha sido, en realidad, la motivación básica de la dictadura y, por lo tanto no debe sorprender la tenacidad con que se persigue hoy crearla, minimizando al máximo los riesgos, una contrapartida institucional que garantice la supervivencia de sus bases esenciales por sobre los cambios, en todo caso marginales, que podrían producirse en el nivel de la superestructura política y jurídica.

Mientras la izquierda no percibió o se negó inconscientemente a percibir el respiro histórico burgués del proyecto de Pinochet, mientras elementos reales y objetivos dieron lugar a valoraciones exageradas de la debilidad dictatorial en aspectos o coyunturas críticas, lo fue posible posponer el hacer cuentas consigo misma. El afinamiento de sus propios análisis, la presentación desvergonzada de los objetivos reales de Pinochet, la difusión de la conciencia de sus incapacidades estructurales como izquierda para hacer del conjunto, y no sólo de uno o de algunos factores críticos, las bases que permitieran el despegue vigoroso de un movimiento de masas con perspectiva triunfadora, han hecho que, finalmente, exista una práctica unanimidad en reconocer la situación de crisis.

Crisis de la izquierda

La expresión más patente de la crisis de la izquierda es, sin duda, su falta de proyección como fuerza política efectiva en el escenario nacional. La izquierda está presente, existe, es parte de la realidad de Chile y quienquiera se plantee una proyección política a futuro debe considerarla como factor inevitable del cuadro general. Esa presencia, sin embargo, carece hoy de perfil, se manifiesta principalmente como una potencialidad y no como una fuerza efectiva capaz de incidir decisivamente en el cambio de la situación.

Más específicamente, la crisis se expresa en una asincronía entre la situación del Chile actual y el "modelo" de organización y funcionamiento de la izquierda. La izquierda chilena es una prolongación de su propio pasado, fructífero, unitario, glorioso a veces, pero pasado al fin; pasado que es factor esencial de su futuro pero que no puede por sí solo convertirse en el pilar básico de él. Mientras la sociedad chilena ha atravesado en la década recién terminada un período tumultuoso y, por muchos conceptos, traumático, las fuerzas de izquierda no han sido aún capaces de reflejar su propia visión crítica de la etapa transcurrida, de asu-

mir plenamente la experiencia social nacional, y de expresar ese reflejo y esa asunción en un nuevo modo de estructurarse, de definirse y de luchar.

No hay soluciones taumatúrgicas para el drama chileno. No es, no obstante, exagerado sostener que una redefinición de la izquierda en sus diversos planos es hoy una necesidad inaplazable, tanto para elevar la capacidad propia en la lucha antidictatorial, como para evitar que el futuro coloque a las fuerzas de izquierda y en general, a aquellas antidictatoriales, en situaciones de grave desvarío político en que, durante largos años, la opción mejor sea siempre la del "mal menor" que ofrece menos represión, pero ofrece represión, que concede algo más de democracia, pero nunca llega a aceptar una real y plena democracia. Tal redefinición constituye no un ejercicio en teoría sino un instrumento básico de lucha que identifique los motores de la acción que se propone, los objetivos claros y concretos que se persiguen en el período próximo y las grandes líneas — sujetas a permanente confrontación y enriquecimiento a través de una práctica de lucha — de la forma de organización social que se presenta, como gran aspiración nacional, a todo el pueblo.

Levantar los propios perfiles, hacerlos evidentes y convertirlos en fuerza concreta en la lucha actual no se contraponen — como a veces pareciera creerse — con una política unitaria más amplia que se exprese en la ejecución común de acciones de lucha antidictatorial. La ambigüedad en los planteamientos definitorios del quehacer político propio crea, por el contrario, un clima desfavorable a la generación de acuerdos con otras fuerzas que desconocen con claridad las coincidencias y discrepancias que forman, ambas, la base de entendimientos claros y honestamente respetados. Por otra parte, hacer de nuestro perfil estratégico, del necesario e irrenunciable contenido socialista de nuestro proyecto histórico un factor de división y de sectarización de tareas comunes antidictatoriales, constituiría un grave error. Significaría, en el hecho, renunciar a "hacer política", profetizar el acontecer victorioso de décadas venideras pero ser incapaces de transitar hacia ellas ejerciendo una acción transformadora que permita que, conseguido el fin, su consecución sea realmente atribuible a dicha acción y no simplemente a los efectos de las fuerzas que en el universo de las estructuras económicas definen un necesario desarrollo crítico de las formas de organización capitalista en países como el nuestro. Se trata de incidir en el mundo real en la dirección del socialismo, no de esperar el socialismo mientras se sostiene verbalmente su inevitabilidad.

Reconstruirse en un quehacer común

La izquierda chilena, no obstante sus diferencias internas, ha conseguido tras estos años mantener una

unidad básica. Es este un hecho excepcional y valioso. Generalmente la derrota divide, ya sea por la diversidad de puntos de vista sobre su interpretación, ya sea por la atribución recíproca de responsabilidades, ya por la separación que establece la realidad del exilio entre aquellos que luchan en el frente principal del interior y aquellos que lo hacen desde fuera; en fin, por la diversidad de experiencias, antes desconocidas como vivencia, a que el propio exilio expone a sus diversos componentes. La derrota incentiva y seguirá incentivando, como uno de sus efectos más pervasivos, tendencias, siempre germinales en todo movimiento revolucionario, a dejarse llevar por un pragmatismo destinado a avaler sólo aquello que resulta viable en un marco supuestamente fijo, supuestamente ajeno a la acción política transformadora, o a emprender el sendero de una lucha preñada de voluntarismo que tiende a desconocer todo marco objetivo de referencia suponiendo que es posible o prescindir de él o modificarlo según convenga.

La tarea es, pues, un gran desafío: elevarse, en condiciones como las difíciles de hoy, a la categoría de fuerza política protagónica y, a la vez, no excluyente, asumir como propio el trauma de Chile como nación y redefinirse en función de los fenómenos de hoy, expresarse con lenguaje y contenidos renovados en un proyecto transformador de convocatoria nacional, constituyen tres aspectos estrechamente vinculados de una plataforma de trabajo común que permita superar la crisis. Y, además, hacerlo mientras se lucha, a través de la lucha, en un proceso que no es meditación de laboratorio pero tampoco es puro pragmatismo. Es decir, reconstruirse en un quehacer común que sea capaz de asumir el debate sobre las perspectivas y sobre el mañana sin por ello renunciar a la acción del presente y a su contenido fielmente transformador.

El período 1970-73 sigue predominando en los esquemas

El período transcurrido entre 1970 y 1973 constituyó la culminación de décadas de lucha del movimiento popular, el momento en que trascendió en plenitud todo su inmenso potencial político pero en que, también, se expresaron todas sus insuficiencias, sus limitaciones y desequilibrios. 1973 puso término a una fase histórica de la izquierda chilena y marcó el inicio de una nueva que estamos hoy viviendo. Sin embargo, resulta insuficiente lo que, a pesar de vivir una etapa diversa marcada por signos diferenciadores muy nítidos, se ha modificado la institucionalidad de la izquierda, es decir, su cuadro de partidos, el marco y protocolos de la relación entre ellos, la vida interna y las aspiraciones de vida interna de ellos mismos; la relación que intentan con quienes no pertenecen al partido, con las organizaciones

sociales, en fin, con la masa.

Los seis años siguientes al golpe transcurren entre el tenaz empeño común de reconstrucción orgánica en Chile y los esfuerzos de inserción en las diversas microcrisis del régimen dictatorial.

En el exterior, se despliega una sistemática actividad de desarrollo y de sostén de la solidaridad internacional. En el plano político la izquierda sigue siendo esencialmente la misma, como si el quiebre histórico, cataclísmico, hubiera sido tal para la sociedad en su conjunto pero no para el mundo propio de nuestros partidos. Es así como en el plano de la interpretación política de nuestra pasada experiencia, los seis años siguientes a los tres de gobierno parecieran ser para algunos una simple continuación y no una ruptura. El conservantismo interpretativo de los primeros años se ve acentuado por la política explícita, que todos o casi todos los partidos compartieron, de limitar los espacios de debate propiamente político al interior de sus filas, cercar la discusión sobre el pasado o intentar interpretaciones oficiales o semioficiales elaboradas por direcciones o dirigentes, que fueron entregadas a la base más bien para su difusión que para su procesamiento crítico. La perspectiva frente a lo ocurrido sigue, en lo básico, siendo muy semejante a la preexistente de modo que, desde el punto de vista de la conciencia de sí misma, los años posteriores al golpe militar parecieran ser, para la izquierda, partes de un mismo período que los tres anteriores a ellos y las expresiones de análisis político semejan una proyección casi lineal de los esquemas de pensamiento predominantes durante el gobierno popular. De este modo el producto autocrítico ha sido, en general, justificatorio, muchas veces libresco, sin representar ni con mucho una ruptura intelectual y política del mundo anterior de la izquierda equivalente a la ruptura intelectual y política que ha despedazado el mundo anterior de la sociedad chilena en su conjunto asentándolo sobre otras bases.

Es legítimo preguntarse: ¿pudo o debió ser de otra manera? El golpe militar con su singular brutalidad y carga de venganza diezmó los cuadros de los partidos de izquierda. Una parte importante de ellos se vio forzada a emprender el camino del destierro. En la primera etapa los núcleos subsistentes de los partidos debieron cerrar filas, clandestinizarse estrictamente, reconstruir en condiciones extremadamente difíciles. Aunque la represión haya sido menos masiva e indiscriminada en los últimos años y se hayan ganado para las fuerzas democráticas ciertos espacios de libertad, progresó en cambio en tecnificación y en capacidad de golpear en los centros vitales de las organizaciones populares. El poder inmenso de un Estado autoritario, monopolista de las armas, la difusión de ideas y los recursos materiales, era antes desconocido para las organizaciones políticas y sociales chilenas desarrolladas en el seno de

Los nudos problemáticos básicos

Dos elementos básicos pudieran identificarse, a manera de hipótesis de trabajo, como los grandes discriminantes entre conservación y renovación en la izquierda. El primero, el análisis de la cuestión del Estado, el segundo la vinculación entre democracia y socialismo.

Ambos están, obviamente, relacionados entre sí y profundamente enraizados, como nudos problemáticos, con la experiencia propia del movimiento popular chileno. No en vano el proyecto allendista planteó a la izquierda el desafío de trabajar con una percepción herética del Estado burgués liberal y también el desafío de hacer práctica una determinada concepción de la vinculación concreta entre democracia y socialismo. La opinión que se tenga sobre las insuficiencias y errores cometidos durante la experiencia allendista — algunos de ellos específicamente en relación a los dos temas señalados — no puede anular el reconocimiento de su originalidad y el valor inmenso que representó como tentativa específica de plantearse la lucha por el socialismo y su construcción. Es decir, la temática de hoy no es nueva, pues estuvo generalmente implícita en el curso de nuestra historia como movimiento político y social. Por lo demás, ambos temas han estado, en último término, siempre presentes en los debates del movimiento obrero, en cada experiencia revolucionaria y son hasta hoy parte del núcleo de problemas teóricos que se han planteado los más destacados pensadores de inspiración marxista. Lo particular en la actualidad no son los temas en sí mismos sino el momento y circunstancias en que surgen ante nosotros. Ellos constituyen, por una parte, el meollo del debate que recorre hoy día a todo el movimiento obrero, a comunistas, socialistas y demás tendencias de la izquierda en el mundo. La discusión ha adquirido relevancia particular en momentos en que, con diversos significados, se habla de una crisis del marxismo. Más allá de la aceptación o rechazo de este concepto resulta innegable hoy día reconocer que las materializaciones prácticas de los marxistas plantean problemas no resueltos, serios flancos críticos que día a día se expresan con indelible evidencia. Aparte del significado lacerante que tuvo para la vertiente comunista del movimiento obrero, desarrollada en toda su primera etapa sobre la base del monolitismo, la ruptura chino-soviética ha sido solo una de las varias expresiones serias de disidencia. El surgimiento de tendencias autonomistas, más allá de la Yugoslavia de Tito, explicitadas en 1957 por Togliatti, fue madurando en el fenómeno denominado "eurocomunismo". Por otra parte, el momento actual presenta al interior de diversos países del "socialismo real" de Europa del Este aristas críticas de magnitud tal que, una vez más, plantean con fuerza los problemas de la democracia socialista, de la participación, de la libertad.

Análisis insuficiente

Por lo que respecta a nuestra situación particular la derrota de proyección histórica de Septiembre de 1973 ha, naturalmente, condicionado de manera decisiva los debates y desarrollos internos. En general, en la izquierda hemos tendido a elaborar explicaciones del fracaso final y de los comportamientos políticos que inmediatamente lo precedieron. No ha habido esfuerzo de igual magnitud para explicar cómo y por qué triunfamos en 1970, cómo y por qué la experiencia revolucionaria de Allende, aún en el marco institucional rígido que le fue dado, logró desarrollarse intensamente durante tres años. El énfasis en el primer problema ha reforzado, al asociar la vía allendista al socialismo con la derrota final y dejar en un segundo plano la victoria de 1970 y las perspectivas que ella abrió, las tendencias interpretativas más conservadoras que tienden a buscar refugio explicativo en las categorías marxista-leninistas en su formulación más clásica y difundida, elaborada y codificada durante el período stalinista y, sin grandes revisiones, sostenida hasta hoy día por la dogmática oficial. La derrota, para quienes se ubican en este ángulo, se produce, en lo básico, por no haber sido la izquierda "suficientemente leninista". Por cierto, sonaría a absoluta herejía sostener que la victoria podría atribuirse a igual razón y, sin embargo, es una hipótesis que, en lo sustantivo, valdría la pena examinar. Esta vertiente interpretativa, que no es atribuible en forma exclusiva a un partido determinado, tiende a enfatizar en el proceso rector los elementos centralizadores, el concepto de "conducción única", la idea de "homogeneidad". El énfasis en el análisis del Estado sigue siendo en los aspectos que recoge su definición más clásica, es decir en su carácter coercitivo. La vinculación entre democracia y socialismo no es percibida como una temática central en la medida en que democracia es identificada con aquella preexistente al triunfo de Allende y se otorga a su expresión jurídico-institucional el rol de limitante decisivo en el accionar político del gobierno entre 1970 y 1973. La vida, sin embargo, plantea una problemática diversa cuando se percibe que necesariamente el terreno de la democracia es en Chile aquel que permite batirse con mayor legitimidad y perspectivas de éxito, por mencionar tan sólo aspectos que pudiéramos denominar "tácticos", y que en la última década la "democracia" adquiere en el conjunto de América Latina una connotación claramente subversiva. La temática democracia-socialismo obliga, pues, a nuevas reflexiones y no puede lisa y llanamente agotarse en la afirmación voluntariosa pero poco útil que "el socialismo es la máxima expresión de la democracia".

En el plano de la organización de la energía política es ejemplar de la óptica a que me refiero una de las versiones del llamado "Bloque por el Socialismo" que recientemente ha sido propuesto como línea estraté-

gica de reconstrucción de la izquierda:

“La concepción política clave que subyace en este proyecto de reconstrucción de la izquierda... es la de que cada uno de sus componentes orgánicos... aporta al conjunto del movimiento popular un valor específico representativo de un auténtico espacio social e ideológico en el espectro político de la izquierda chilena. Un aporte que no puede reemplazarse... Un aporte específico que no es antagónico, sino complementario al de los otros componentes...”

Y se agrega:

“Pensamos que la palabra Bloque, para caracterizar este nuevo estadio en el desarrollo unitario de la Izquierda, es el más adecuado, por cuanto de la idea de un cuerpo compacto, con una fisonomía única de conjunto, sin perjuicio de connotar también la idea de que ese conjunto esté compuesto de partes con identidad propia y espacio específico y cuyo ajuste y ensamble y complemento recíproco, es condición para la constitución del Bloque como conjunto”.

La propuesta, pues, se basa en el entendimiento del cuadro político de la izquierda como un cuadro de partidos con espacios específicos, social e ideológicamente “especializados”. Los espacios no se yuxtaponen y las diversas partes ensamblan a la perfección. Ello hace posible “la idea de un cuerpo compacto”. La proposición no recoge la riqueza de los fenómenos sociales, políticos e ideales que vivimos. Su carácter escolástico, de pretensión ordenadora, da nacimiento a un cuerpo de apariencia rígida cuyas posibles contradicciones internas no se señala cómo se resuelven o, más simplemente, parecen darse por eliminadas sobre la base de la atribución de “espacios específicos” a las diversas fuerzas. Sin perjuicio del valor de algunos de los elementos planteados, es preciso señalar que una tentativa de reconstrucción para que sea exitosa requiere reconocer que no existe en la izquierda chilena la posibilidad de establecer una relación lineal absoluta entre representación de clase, perfil ideológico, propuesta social y espacio político.

La izquierda chilena debe hoy, por el contrario, reconocer que ello no es un modelo posible ni deseable, y que la riqueza del camino al socialismo y de su desarrollo permite, precisamente, ofrecer ángulos, perspectivas, propuestas que no son idénticas y que, sin embargo, pueden situarse en el plano unitario que requiere nuestra lucha. El Bloque por el Socialismo, en la versión específica a que me refiero, se plantea una for-

ma de “unidad unánime”, similar a la que ha conducido a la Unidad Popular a una casi paralización. Esta concepción, en vez de contribuir a una unidad dinámica en su diversidad interna, potente por su carácter creador, asentada en la realidad, pudiera eventualmente conducir, como conducen en general las concepciones de textura monolítica a la división.

Elemento central de la derrota: insuficiente reconocimiento de las características del Estado chileno

Necesariamente simplificando, es posible perfilar una tendencia de óptica diversa a la anterior, que recoge como elemento central en la derrota popular el insuficiente reconocimiento de las características del Estado chileno. La misma tendencia rescata, más allá de los errores cometidos en la situación específica entre 1970 y 1973, la democracia y el socialismo como un par indisoluble que se tuvo presente en la experiencia de la Unidad Popular no por un capricho taticista sino porque constituía una demanda indivisible de parte significativa del pueblo, que poseía, además, una capacidad convocatoria que iba social políticamente más allá de los márgenes de la Unidad Popular. En el plano teórico esta óptica posee el antecedente indiscutible de una corriente autóctona de pensamiento político, cuya figura más destacada fue Eugenio González, que se planteó con décadas de anticipación muchísimos de los temas que están hoy en el centro del debate del movimiento obrero internacional.

En fin, es en este marco aproximado en el que se debaten problemas más específicos tales como la cuestión militar y su significado en la lucha por la democracia y en su consolidación, como el conteso de los conceptos de hegemonía y de pluralismo en el proyecto socialista, el nuevo rol de la Iglesia en América Latina y el de los cristianos como factor y como potencial revolucionario, el tema de las alianzas políticas y las formas de lucha en las diversas etapas. No hay ni puede haber en un proceso de reconstrucción una asociación absoluta, completa, entre las ópticas con que se observen los diversos temas. Por ello es quizás preciso decir que, aparte de constituir la anterior una visión puramente personal, ella incurre, sin duda, en inevitables simplificaciones.

La reconstrucción de un amplio y poderoso movimiento de izquierda es una condición indispensable para el derrocamiento de la dictadura en Chile. La tarea es, al mismo tiempo, un proceso que, como más de uno ha expresado, no se agota en ejercicios de cúpula política. Tan solo como una contribución, que no pretende ser definitiva, a ese proceso de discusión y acción, planteo las siguientes ideas.

¹ Clodomiro Almeyda, “De la Unidad Popular hacia un Bloque por el Socialismo” en *Cuadernos de Orientación Socialista*, No. 2, junio 1980.

Ideas orientadas a la reconstrucción de la izquierda

1) La reconstrucción de la izquierda chilena comprende los planos teórico y orgánico. Una izquierda reconstruida deberá expresarse en una superación y enriquecimiento de sus categorías de análisis, y en una forma renovada de articular su fuerza para la acción.

2) La reconstrucción es una tarea a la vez teórica y práctica. Si no se va materializando en convergencias de acción se convierte en un puro ejercicio intelectual. Si se limita a una práctica de lucha, sin que ella se inspire en una común reflexión y en una evaluación compartida, se corren los riesgos del tacticismo y del pragmatismo.

3) El proceso de reconstrucción es posible de llevar adelante como parte de la lucha concreta. Es más, no habrá reconstrucción válida si ella no se alimenta de esa práctica. Los esfuerzos reconstructores pueden y deben, en consecuencia, ser una palanca de movilización.

4) Ello es posible si la izquierda es capaz de preservar una Unidad básica en cuyo marco se promueva y desarrolle un debate muy amplio, no excluyente, democrático, orientado a generar ideas comunes concretas que vayan conformando una alternativa histórica para nuestro pueblo en torno a las ideas vinculadas de democracia y socialismo.

5) La reconstrucción requiere de una precisión más profunda, propiamente de una revisión, de la idea de unidad que ha servido de base hasta ahora a la izquierda chilena. El concepto de unidad empleado peca, a nuestro juicio, de un extremo formalismo, limita la interacción posible, lógica y beneficiosa entre los partidos integrantes del conglomerado, rigidiza innecesariamente las relaciones en la base, especialmente en condiciones como las actuales en que el vínculo entre partidos y masa está debilitado y operan nuevas formas de intermediación a través de diversas organizaciones que actúan con bastante autonomía o que surgen al calor de aspiraciones, demandas o inquietudes populares

que tienden a organizarse espontáneamente.

6) Es preciso también reconsiderar la definición sobre los pilares básicos de la unidad. En el caso de Chile más de dos décadas de unidad socialista-comunista dieron un sello característico al movimiento popular y consiguieron conducirlo a importantes victorias. La mantención de esa unidad como un "eje" central no recoge hoy día, sin embargo, nuevos fenómenos de la mayor importancia. No se trata de destrozarse lo logrado en común y ejemplar esfuerzo por las dos vertientes clásicas que han expresado las aspiraciones de una parte muy mayoritaria de los trabajadores chilenos, sino de renunciar a sostenerla como eje dominante exclusivo y excluyente. El problema planteado hoy día por el desarrollo, en el conjunto de América Latina y también en Chile, de un vasto y creciente contingente cristiano que se bate por el cambio social, no se agota en el reconocimiento de su importancia o en expresar que tiene un carácter "insustituible". Lo primero es, a estas alturas, un lugar común político. Lo segundo es obvio. De lo que se trata es de renovar y enriquecer la capacidad de convocatoria popular reconociendo explícitamente que es la unidad de las corrientes socialista, comunista y cristiana de avanzada lo que constituye hoy el pilar de nuestra fuerza, y que dicha unidad se puede reconstruir y fortalecer reconociendo que las tres vertientes poseen iguales derechos en la lucha de hoy y en el quehacer político de mañana, y que los tendrán en el Estado socialista que se proponga como objetivo último. Aceptar como idea y construir en la práctica esta forma de hegemonía compartida, pluralista y democrática, constituye el principal desafío que se nos abre hoy. Superarlo y concretarlo sería una singular contribución a generar nuevas posibilidades de reactivar, sin excluir medio alguno, la lucha por la democracia y por un proyecto socialista que haga de su carácter profundamente libertario una fuerza interna capaz de contribuir a una dialéctica social más rica en los planos tanto material como espiritual.

J.A.

LA REVOLUCION COMO MITO

"El proletariado tiene un mito: la revolución social. Hacia ese mito se mueve con una fe vehemente y activa... La fuerza de los revolucionarios no está en su ciencia; está en su fe, en su pasión, en su voluntad. Es una fuerza religiosa, mística, espiritual. Es la fuerza del Mito. La emoción revolucionaria es una emoción religiosa. Los motivos religiosos se han desplazado del cielo a la tierra. No son divinos; son humanos, son sociales".

(De "El hombre y el mito" de Jose Carlos Mariategui, Ed Amauta, Lima, Peru, 1972).

NUEVA SOCIEDAD

UNA REVISTA
PARA

LA AMERICA LATINA

abierta a todas las corrientes del pensamiento progresista, que aboga por el desarrollo de la democracia política, económica y social

Suscripción Anual

US\$ 10.-- (diez dólares) para el año 1978

Suscripciones

Editorial Nueva Sociedad Ltda.
Edificio Plaza Artillería Piso 6 — Tel.: 22 62 69
Dirección Postal: Apartado 874 SAN JOSE - Costa Rica

Dirección, redacción, impresión y distribución

Edificio Parsa, Plaza La Castellana Piso 1
Caracas, Venezuela — Tel.: 33 37 41
TELEX: 25163 ILDIS
Dirección Postal: Apartado 61712 - Chacao

LITERATURA CHILENA en el EXILIO



SUSCRIPCION

Individual 1 año - US\$ 10	Instituciones 1 año - US\$ 16
Individual 2 años - US\$ 17	Instituciones 2 años - US\$ 30
Individual 3 años - US\$ 24	Instituciones - US\$ 42

ORGANOS DE LOS ESCRITORES CHILENOS EN EL EXILIO

Se publica 4 veces al año: (Enero - Abril - Julio y Octubre)
Director, Fernando Alegría; Editor, David Valjalo
Presidente del Comité Internacional, Gabriel García Márquez
P.O. Box 3013 Hollywood, California 90028



araucaria
de Chile

Revista trimestral. Dirigida por Volodia Teitelboim

Suscripción anual (4 números) US\$ 15

Correspondencia y envío de valores.
Apartado 5056 - Madrid 5 — España